

Las tramas socio-territoriales en las que habitamos: aportes para pensar la composición urbana en clave comunicacional

Eduardo Álvarez Pedrosian¹

Resumen

En este artículo nos proponemos realizar aportes para pensar la composición urbana en clave comunicacional. Consideramos las tramas socio-territoriales como tema principal. Se plantean los territorios desde la teoría del habitar como una cuestión existencial, más allá de la separación entre "lo físico" y "lo social". Intentamos avanzar a partir del estudio del diseño de la espacio-temporalidad, articulando temáticas como la formalización y la materialidad, las mediaciones y composición de ciertos tipos de territorios y territorialidades. Concluimos con algunos casos de estudio desde donde hemos avanzado en esta línea de investigación.

Palabras clave: trama socio-territorial, habitar, composición, comunicación.

The social-territorial weft in which we dwell: contributions for think the urban composition on communicational key

Abstract

In this paper, we propose doing a contribution for to think the urban composition in communicational key. We consider the social-territorial wefts like a principal issue. We expose the territories since theory of dwelling like a existential theme, beyond the separation between "the physical" and "the social". We attempt to advance since study of the design of spatio-temporality, by articulating issues like formalization and materiality, mediations and compositions of certain types of territories and territorialities. We conclude with some cases where we have advanced in this line of investigation.

Keywords: social-territorial weft, dwell, composition, communication

¹ Laboratorio Transdisciplinario de Etnografía Experimental, Depto. de Ciencias Humanas y Sociales, Instituto de Comunicación, Facultad de Información y Comunicación, Universidad de la República. Correo electrónico: eduardo.alvarez@fic.edu.uy

1. Introducción

A través de palabras e imágenes, construyendo narrativas, y según prácticas espaciales que superan la significación y su semántica de códigos descifrables, hay una dimensión compositiva de los universos que habitamos gracias a todo ello, según temporalidades que le dan consistencia. Cuando intentamos investigar estos fenómenos, sentimos la necesidad de superar esas barreras estructurales, donde parece que todo se reduce a formas establecidas, a la repetición de un sentido común que nos ata a lo naturalizado, en tanto esperable y reconocible dentro de los sistemas vigentes donde cada cosa pueda ser traducida como información y comunicación inteligible. Toda mediación, y los tipos de información que fluyen en sus esferas y se materializan de diversa índole, además de responder a variedades de un mismo tipo de fenómenos, poseen una heterogeneidad más profunda, al estar constituida de diferentes formas. De uno a otro lenguaje, entre códigos visuales y sonoros, cambian los términos y los elementos expresivos, pero hay que tomar en cuenta todo ello desde una perspectiva donde se pueda pensar lo singular de cada caso, lo que aquí concebimos como la composición espacio-temporal de dichas configuraciones. No se trata de un nivel más profundo, de una infraestructura en el sentido del fundamento tras las apariencias. Más bien podemos pensarlo como una síntesis de singularidad, como la manera en que podemos acceder de forma más privilegiada a las cualidades definitorias del fenómeno comunicacional en cuestión.

Estos "territorios existenciales" (Guattari, 1996, p. 20), donde se crean subjetividades en la dialógica entre el ser productor y producido, se presentan en múltiples escalas, cada cual con sus cualidades, siendo siempre una cuestión colectiva y transversal a individuos y formaciones sociales. Cuando escuchamos una obra musical y nos sentimos envueltos en un universo de afectos y emociones con sus propias lógicas, leemos una obra literaria o un informe científico, estamos siendo diseñados en nuestra misma manera de sentir y pensar. Entre la grafía, sea leída en silencio y en voz alta, sea en soporte papel o digital, entre las teclas y ante la pantalla, o entre las pilas de libros, así como en la cartelera urbana que nos llega al caminar por las calles o en el andar de un transporte colectivo, se genera una experiencia integral, en tanto síntesis que involucra todos los aspectos de los procesos de subjetivación, desde los más evidentes propios de una racionalización a los más inasibles que hacen a la afectividad y lo sensible. Esta síntesis es un territorio, y es considerándolo a él como podemos comprender más cabalmente los fenómenos de información y comunicación que se entretienen en su composición.

Ciertamente, cuando nos alejamos de las zonas más evidentes de observación tradicionalmente establecidas por la metodología científica, parece que investigar se convierte en una tarea muy dudosa. En primer término, hay que considerar la existencia de diferentes perspectivas al respecto, más allá de la hegemónica que se sustenta en una suerte de empirismo estándar, para el que existe una capa de fenómenos que podemos considerar como evidencias, y que es con ellos con los únicos que podemos trabajar. Los diferentes tipos de positivismo se han enclaustrado en ello, a la par de un racionalismo analítico

igual de estándar, para el cual lo único certero son los mecanismos de razonamiento, casi de computación. Todo ello se asocia fuertemente a la tradición analítica de pensamiento, para la que, como bien lo resumía el primer Wittgenstein, de lo que no se puede hablar mejor es callar. Pero la otra gran tradición filosófica occidental, la continental, tiene otro cariz ontológico, especialmente en lo que refiere a corrientes como la fenomenológica, la hermenéutica y muchas configuraciones teóricas surgidas en las combinación de enfoques comprensivos y críticos: lo más importante es justamente lo que no puede ser dicho, lo que incluso nos exige la creación más o menos forzosa de nuevos términos para poder nombrarlo de alguna manera (Sáez Rueda, 2002). Entre ambas tendencias, nuestro horizonte contemporáneo nos plantea la posibilidad de generar investigaciones donde puedan coadyuvarse. En tal sentido es por demás ilustrativo el proceso del mismo Wittgenstein, quien incluso entre otras cosas se autoproclamaba arquitecto, y el planteo de lo que es conocida como la segunda parte de su obra lo lleva desde una formulación puramente abstracta de la lógica del lenguaje a una pragmática de los usos, hundiéndose con ello en el universo plural de los acontecimientos y la contextura de los hablantes (Álvarez Pedrosian, 2014c).

Cuando queremos plantear la composición de los fenómenos de información y comunicación en términos de territorialidades espacio-temporales nos enfrentamos ante estos desafíos. Ello nos implica tener que aceptar que para pensar y conocer estos asuntos no alcanza con la apuesta de las ciencias naturales, auxiliadas por las exactas, donde se establecen hechos como evidencias y se los aprehenden en la correspondencia entre estos y un lenguaje lo más transparente posible, tras todo lo cual se pueden encontrar razones suficientes que los expliquen gracias a identificar la manera en que funcionan. Esto es solo una parte, fundamental por cierto, de la cuestión. Pero hay muchísimo más, y tiene que ver con lo que tradicionalmente hemos asociado más a campos como el filosófico y el artístico. Trabajar en el ámbito de las ciencias humanas y sociales siempre ha tenido estas características, y el paso a la problematización de las mediaciones que implícitamente constituían las diversas entidades de estudio (la cultura, la sociedad, el lenguaje, etcétera) no deja de contar con la mismas características epistemológicas, aunque ciertamente nos proyecta en una nueva dimensión de trabajo, quizás por eso mismo más acuciante al respecto, al no poder investigar sin tener que hacerlo en la conjunción de la objetivación científica, la conceptualización filosófica sobre las cuestiones allí presentes, y la aprehensión estética de los fenómenos en juego (Álvarez Pedrosian, 2009). No se trata de pasar de un objetivismo a un subjetivismo, sino de superar la dicotomía que se establece entre ambos polos. Los recientes planteos más influyentes hacen hincapié en este esfuerzo, disolviendo incluso la distinción entre lo humano y lo no humano (otros seres vivos, objetos técnicos y demás) en los fenómenos abordados, intentando desprenderse de prejuicios y estereotipos que desvalorizan tanto a unos como a otros (Latour, 2008).

2. Somos como habitamos

En otra oportunidad hemos avanzado en la formulación del estudio de la espacialidad, en el encuentro de perspectivas antropológicas, arquitectónicas y comunicacionales (Álvarez Pedrosian, 2011). Posteriormente, hemos reconocido en la problemática del habitar (Heidegger, 1994; Álvarez Pedrosian, 2013b), el núcleo duro de esta empresa, en tanto práctica genérica de composición de nuestra existencia. En tales oportunidades, hemos hecho referencia a diversos tipos de territorios según dimensiones y esferas más o menos diferenciables: espacialidades imaginarias presentes en la experiencia de lectura o visionado de una obra, en las prácticas llevadas a cabo en la intimidad del hogar y sus universos vedados a los otros, en la multiplicidad de formas de un espacio público urbano o en interiores arquitectónicos igual de abiertos a la otredad, más o menos anónimos y apropiados. No se trata de una cuestión de escalas lineales, sino de mediaciones cualitativamente singulares, donde es posible encontrarnos con la presencia de varios de estos órdenes de registros de la experiencia en un mismo acontecimiento, según intensidades relativas que varían a partir de las coordenadas existenciales establecidas. En todo caso, habitar es componer, subjetivar-se, y viceversa: constituirse como entidad viviente o ser, gracias y en el acto de instauración de un espacio-tiempo que es síntesis de elementos conjugados en ese estar en tránsito (Álvarez Pedrosian y Blanco Latierro, 2013).

Los acontecimientos comunicacionales y las dinámicas informacionales implícitas en ellos, no pueden considerar al espacio como un mero marco general, un "telón de fondo" donde se llevan a cabo. Debemos hacer jugar la composición de nuestros entornos de experiencia como elementos centrales en cualquier tipo de fenómenos. Incluso, como tratamos de argumentar aquí, en ello se encuentra la clave para el acceso a una comprensión más detallada y sutil que nos habilita a formular explicaciones que no reducen la complejidad de lo estudiado, sino que intentan aprehender los fenómenos en cuestión en su propia magnitud, desde una perspectiva constructivista donde las objetivaciones y subjetivaciones componen un universo plural en movimiento dentro del cual, además, estamos inmersos quienes pretendemos conocerlo.

De a poco vamos incorporando la relativización de esa especie de estructura inerte que parecía constituir el espacio y el tiempo. Ciertamente, es gracias al desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación que esto encuentra un fuerte empuje, y es en la vida urbana donde parece encontrar un ámbito privilegiado de estudio (Neuhaus, 2015). Ante la primer conmoción que decretada la sencilla disolución de ambas entidades, concebidas como coordenadas existenciales neutras, vamos explorando las posibilidades de un diseño creciente que al mismo tiempo nos revela una larga arqueología, hundiéndonos en las formas más arcaicas de comunicación, entendiendo que esto ocurre con cualquier tecnología y su forma particular de construir territorios (Haesbaert, 2011). La virtualidad aparece así como esta dimensión que trasciende las presuntas evidencias, de una realidad fija y determinada sin más: se trata del salir y el entrar en ella, de la des y re-territorialización como operación compositiva (Lévy, 1999; Álvarez Pedrosian, 2009). Algunos urbanistas incluso

muestran su malestar ante un mal uso de las ciencias humanas y sociales para reducir los fenómenos del habitar urbano a las clásicas fórmulas del determinismo, donde lo espacio-temporal si bien no es tomado como simple marco contextual de fondo, termina por reducirse a una cuestión de simples sometimientos y fijaciones, de "arraigo" y "pertenencia" (Choay, 2009, p. 184). Esto parece oponerse con contundencia frente a las demandas de la geografía humanista o cultural (Adams, Hoelscher, Till, 2001), en un claro combate entre disciplinas y agencias de intervención en los destinos de nuestros entornos construidos. Consideramos que los análisis en términos de comunicación y procesos de subjetivación pueden colaborar a articular estas perspectivas urbanísticas y geográficas, no buscando consensos sino herramientas conceptuales para pensar más allá de la oposición entre la renuncia o defensa de los "lugares antropológicos" (Low y Lawrence-Zúñiga, 2003; Lacarreu, 2013).

En tal sentido, hay que tener presente que estas tramas espacio-temporales no dejar de ser siempre cuestiones prácticas, productos de procesos inacabables, según agentes y acontecimientos en última instancia inmanentes. No se trata, por tanto, de una estructura dada, sino de un entorno vivo de múltiples elementos en devenir (Ingold, 2012). La ecología ya lo plantea en estos términos, más o menos sistémicos, y su importancia en el ámbito de los estudios en comunicación son una señal de esta búsqueda por encontrar una forma de plantear las investigaciones integrando el diseño de los ambientes o entornos como parte de los fenómenos en cuestión, (Scolari, 2015). El esfuerzo por desnaturalizar las cuestiones que investigamos, por pensar sin esencias que condensen y paralicen las problematizaciones en nombre de principios absolutos de variada índole, nos lleva a un procesualismo donde se evita reificar las entidades, los clásicos objetos, en este caso de estudio. Lo social, lo cultural, lo comunicacional y demás, no es algo separable del flujo de acontecimientos y prácticas que lo conforman; más que de sustancias se trata de movimientos de acciones, prácticas más o menos cristalizadas en formas con sus umbrales de estabilidad relativa. Es así que la cuestión de la materialidad, y su relación con la formalización, requiere de una perspectiva de la misma índole: más allá del fisicalismo del espacio y su "materialidad auto-evidente" (Lindón, 2007, p. 75), y del aristotélico "modelo hilemórfico" o "hilomórfico", según las traducciones, en pos de otro "dinámico" (Simondon, 2007, pp. 188-189; Deleuze y Guattari, 1997, pp. 410 y 425; Ingold, 2013). Desde aquél modelo estático, se ha pensado la realidad como si fuera producida por moldes formales sometidos sobre una materia prima hasta entonces, justamente, a-morfa (Flusser, 2002, pp. 29-36). Por todo ello, como veremos, llevar estas consideraciones a las cuestiones relativas a la arquitectura y el urbanismo de nuestros entornos de vida, nos hacen poner la mirada en aquello que parece más claramente identificable como lo más inerte e invariable, lo que parece ser más fácilmente separable de las prácticas, y por tal motivo, lo que puede ser aislado de la subjetividad de nuestros acontecimientos comunicacionales como meros soportes fijos, telones de fondo de nuestra existencia.

No es para nada casual que nuestra contemporaneidad se encuentre ante una crisis en términos ambientales, donde lo territorial haya resurgido con todas sus fuerzas como dimensión de conflicto en variadas esferas de actividades, luego

de una primera conmoción donde se decretaba por todos lados su fin (Haesbaert, 2011). Para el caso del Uruguay esto es por demás importante: si en algo parece que no hemos podido mejorar en la última década de nuevas políticas sociales es en la habitabilidad, tanto en lo relativo a las políticas de vivienda como de la gestión de nuestras ciudades. Ya hemos insistido en varias oportunidades en lo provechoso que resultaría el hecho de poder enfrentar los problemas de violencia, inequidad, educación, salud, etcétera, si los abordáramos integralmente desde la cuestión del habitar y la composición de los territorios existenciales, en los que nos construimos como sujetos en la singularidad de sus características. Pero aún, a pesar de importantes logros obtenidos, parece que no podemos pensar de otra manera: si vemos cualquiera de las órbitas institucionales relativas a las políticas sociales en nuestro contexto por ejemplo, nos encontraremos con que han aparecido departamentos y secciones dedicadas a lo territorial, han pululado con una efervescencia inaudita en los últimos años, pero dentro de una misma lógica fragmentaria y esencialista, donde "lo social" y "lo físico" se separan uno del otro, a pesar de que luego se los quiera relacionar (Álvarez Pedrosian, 2015a).

Mucho de la ineficacia de los planes emprendidos para enfrentar los graves problemas de habitabilidad que sufrimos, expresados en términos de crisis de la convivencia e inseguridad, o en el hecho de la alta concentración de la pobreza en los niños más pequeños, se explica por este divorcio dicotómico, subsidiario aún de una concepción para la cual ser habitante y el entorno en que se habita son cosas diferentes, una subjetiva y otra objetiva. De esta manera, parece que alguien que nace y se conforma como sujeto en un entorno como el de los asentamientos periféricos de Montevideo, o los barrios tradicionales que se ubican en la misma zona, que tiene que dormir con varios de sus hermanos en una misma cama, bajo un techo de hojalata que se llueve todo el tiempo, que tiene por contraste acceso a televisores de plasma a través de los cuales recibe en alta definición imágenes de otros mundos de consumo según estándares de calidad diametralmente opuestos a los de su vida cotidiana, tiene que poder abstraerse de todo ello sin más. Y lo mismo en otros ámbitos aparentemente no tan críticos, pero igual de definitorios del presente, en el aislamiento de una "casa búnker" (Lindón, 2006) y tras las rejas alzadas por el miedo ante esos otros (Low, 2003); en los dormitorios de pensiones de edificios antiguos deteriorados en algún sitio del centro histórico, o en el vacío de "espacios del anonimato" de los centros comerciales de grandes superficies (Augé, 1994). Como no podemos establecer relaciones causales entre una cosa y la otra, entre nuestros territorios existenciales o entornos espacio-temporales y la vida "en sí misma", nos paralizamos ante la cuestión. Y es que la trampa está allí, en ese "en sí mismo" que vuelve a reificar nuestra existencia. Las posiciones más reaccionarias directamente lo niegan, apelando al viejo esquema entre el determinismo y la libertad que ha estructurado la filosofía social primero, y las ciencias humanas y sociales después: si hay algunos sujetos que no caen en la misma desesperación y degradación que otros que conviven en un mismo territorio, es que la razón de sus prácticas no se explica por ello. Puede ser que en la arena ideológico-política se tomen este tipo de argumentos retóricos, pero en el campo académico debemos avanzar en otra dirección, en la que busca la creación de conocimiento a partir de la exploración problemática de la realidad, donde las

explicaciones de lo que somos son mucho más complejas que elementales relaciones lineales de causalidad.

3. De lo dado a su construcción

Por todo lo antes expuesto, nos hemos planteado una serie de investigaciones en el marco de lo que se denominan estudios de comunicación y ciudad; pues si bien la cuestión va más allá de lo urbano, hemos considerado importante aportar en tal dirección por la relevancia social de los temas así planteados en nuestro contexto local y regional. El análisis de la composición territorial de los hábitats centrada en nuestros habitares, nos permite focalizar la mirada sobre las prácticas y sus construcciones, siempre buscando la manera en que se articular dichas actividades y productos con su disposición o agenciamiento. En tal sentido, entendemos que existen diversas fuerzas actuantes en esta configuración. En nuestro contexto socio-histórico, podemos identificar grosso modo tres: las derivadas de las intervenciones de las políticas de planificación promovidas por entidades de diversos niveles y secciones estatales, las producidas por el mercado inmobiliario y la lógica del capital en sus variadas acciones relativas a la construcción y usos de los espacios, y más en general las relativas a los habitantes en su más amplia heterogeneidad, incluidos directa o indirectamente en las otras dos.

Estas fuerzas y los saberes asociados a estas, desde las formas del proyecto urbano en base a técnicas de diseño hasta las costumbres y estilos de vida de los pobladores, pasando por la mercadotecnia de los especuladores de bienes raíces, cuyos trabajadores e incluso propietarios no dejan de ser habitantes de los mismos u otros territorios, conforman el campo de relaciones del entorno urbano en el que vivimos. Detengámonos en la distinción entre lo público y lo privado, como parte consustancial del proceso de composición espacial de la subjetividad, en la relación entre estos saberes y poderes. Esta elección no es casual: se trata de una de las formulaciones más generales que ordenan y dan sentido a nuestras existencias. Análisis histórico-antropológicos de la morfología urbana, incluyendo a los sistemas políticos (Rykwert, 1985), o estudios urbanísticos sobre la idea de ciudad tanto en las que se concretaron como en las imaginadas (Sica, 1977), muestran claramente su invención. En términos comunicacionales se trata de una temática de investigación e intervención por demás importante, en sus más variadas áreas. Es general la tendencia a pensar estas problemáticas con la intención de fomentar la mayor participación de los habitantes en los espacios públicos, pero hay que tener cuidado de no hacerlo sobre la idea de la existencia de una "esfera de coexistencia pacífica y armoniosa", algo altamente cuestionable por la ilusión política en que se funda (Delgado, 2011). Es necesario, por tanto, desnaturalizar la noción de espacio público, ya que esconde una esencialización fundada en la ideología moderna de la ciudad capitalista, donde parece casi evidente la existencia de esta órbita de socialización, identificada espacialmente con el vacío existente entre las edificaciones.

Si invertimos el análisis, y pasamos a considerar la espacialidad y sus

temporalidades, no podemos partir de antemano de la existencia de espacios públicos, sino de la generación de estos según el montaje de ciertos tipos de espacios y determinada construcción social de lo público, a partir de lo cual se construye la conjunción. Es así que el estudio de "espacio(s) y público(s)" nos ayuda a intentar deconstruir una de las naturalizaciones más corrientes en nuestro contexto de estudio (Álvarez Pedrosian, 2014b). En complemento con ello, la idea de un ámbito de lo privado también debe ser cuestionada, poniendo en proyección la historia de la subjetividad y sus espacialidades más allá del capitalismo y su individualismo. Pensar en términos de intimidad nos habilita a considerar esas otras experiencias, dimensiones y configuraciones que no caen necesariamente bajo el rótulo de lo privativo ante los demás, si bien guardan las características de aquellos ámbitos que son mantenidos a resguardo frente al "otro generalizado" (Herbert Mead en Delgado, 1999, p. 14; Álvarez Pedrosian, 2015b).

No estamos ante una dicotomía, sino frente a dimensiones diferentes de un mismo fenómeno, y el estudio de contextos híbridos al respecto son muy reveladores, como en lo que denominamos "interiores públicos", y en todo el abanico de situaciones donde se combinan ciertos tipos de convivencias con colectivos específicos pero limitados ante la aparente mayor generalidad de todas, el espacio abierto de lo público (Álvarez Pedrosian, 2013c). Se evidencia el carácter "heterotópico" (Foucault, 1999) como condición general de toda composición espacio-temporal (Álvarez Pedrosian y Blanco Latierro, 2013), si se quiere, en la constante tensión con la "isotopía" promovida por el orden dominante que reabsorbe dinámicamente las emergencias de novedad (Lefebvre en Harvey, 2013, p. 16). El mayor diseño de nuestros espacios, la inclusión de tecnologías de la información y la comunicación en ellos, bajo características cibernéticas que lo asocian a la inteligencia (pensemos en las *smart cities*), hacen que tengamos cada vez más presente todo ello en el análisis, pues se tensa esta dinámica entre la heterogeneidad y la homogeneización: si bien jamás existió una libertad absoluta en la definición de lo público, en la actualidad queda puesto en evidencia ante los criterios más rigurosos de control y administración de su gobernabilidad.

Es así como las relaciones entre saberes, poderes y formas de subjetivación, en los términos foucaultianos (Deleuze, 1987), también se encuentran presentes en la conformación de estos entornos espacio-temporales de existencia en general, y en los urbanos en particular. Por tal motivo, hay que tener cuidado en no caer en otro tipo de reduccionismo, en aquél que pretende considerar los aspectos afectivos, emocionales y sensibles de los habitantes como si pudieran estar desprovistos de condiciones propias de una estructuración social y cultural determinada. Entre fines del siglo pasado y el comienzo del nuevo milenio, existió cierta tendencia en los llamados estudios culturales urbanos, especialmente ubicados en el campo de la investigación en comunicación en América Latina, que incluso propició un uso acrítico de estos saberes reabsorbidos por políticas urbanas, bajo intenciones muy loables en apariencia, como las de incluir la perspectiva de los habitantes en el diseño de sus entornos. Fue la época del auge de los estudios de los imaginarios urbanos. Como han manifestado algunos autores con gran acierto (Gorelik, 2004), hay que tener mucho cuidado con

esta suerte de estetización. No se trata de la mirada ético-estética de la producción de subjetividad aquí planteada, para la cual siempre está presente el triple vínculo ontológico entre saberes, poderes y subjetividades (Deleuze, 1987; Guattari, 1996): no existe creación sin crítica, análisis y propuestas en torno al arte del diseño sin consideraciones que hacen a un conocimiento de las condiciones vigentes o que se pretenden transformar en las relaciones de poder. Ya acercándonos a la segunda década del siglo XXI, la irrupción de importantes movilizaciones urbanas, que nos han llevado incluso a situaciones por demás disruptivas, nos ponen ante la obligación de no caer en este tipo de simplificaciones donde tomar en cuenta los procesos de subjetivación sea sinónimo de una suerte de complacencia ante los sentires y pareceres dados (Harvey, 2013). Más bien se trata de todo lo contrario, pues una vez es puesta en tela de juicio la supuesta naturaleza de nuestras realidades no solo en lo relativo a sus dispositivos y mediaciones, sino en la misma forma en que son compuestos espacio-temporalmente, lo afectivo y sensible se torna políticamente decisivo.

4. Territorios y territorialidades en devenir

Estamos acostumbrados a realizar distinciones disciplinares que responden a problemas más concretos y más abstractos en relación a todo ello, a dimensiones prácticas como las relativas a la construcción de los espacios, su administración legal, su comercialización, lo que le ocurre a sus habitantes en diversas esferas, etcétera. Como hemos planteado más arriba, debemos pensar intentando conectar lo que fue separado en términos "sociales" y "físicos", pero es cierto también que no todos deben realizar las mismas actividades, que hacen falta especialidades en este complejo integral que es el diseño y la construcción de ambientes vitales (Ingold, 2012). De entre todo lo que puede y debe hacerse, consideramos que nuestra tarea en tanto investigadores de la subjetividad y la comunicación, incluyendo los aspectos informacionales en los fenómenos así abordados, constituye una tarea cognoscente que se basa en la creación de conocimiento, desnaturalizando las situaciones emergentes, para intentar comprender e interpretar cómo han sido posibles, explicar sus múltiples causas, e intentar poner en evidencia diferentes líneas de fuga a través de las cuales los procesos tienden o pueden tender, buscando una mejor condición para los involucrados, en especial los habitantes, quienes son los primeros afectados.

Los territorios y las territorialidades son dos categorías desdobladas a partir de este tipo de abordajes. Los primeros incluyen a los segundos, en tanto subjetivación de estos, al mismo tiempo que solo podemos acceder a ellos a través de diferentes tipos de los segundos, es decir, a partir de configuraciones subjetivantes, sean estas humanas o no-humanas, elaboradas a partir de experiencias ligadas a la vida cotidiana inmersa en esos entornos o gracias a operaciones más abstractas donde intervienen instrumentos ajenos a lo que los habitantes más usualmente hacen, gracias a datos socio-demográficos o a fotografías satelitales por ejemplo. En todo caso siempre existe una mirada, una perspectiva, una subjetividad, pero se trata de formas diferenciales en relación a

tal o cual territorio, y ello es fundamental para comprender la relación entre las técnicas, los métodos y las teorías que se generan en este sentido. Las territorialidades son configuraciones materiales, inmateriales, vinculadas a narrativas y sistemas de significación, a intensidades afectivas asociadas a memorias, recuerdos, imaginarios singulares, que responden a una forma de habitar un territorio. Integran por tanto estos territorios, en el sentido de que estas producciones de subjetividad conforman dicha entidad: las formas de habitar son parte del hábitat. Y a la inversa, estos ambientes vitales en tanto realidades y virtualidad que se abren a mundos posibles, son conocidas, pensadas y sentidas por vías heterogéneas, las que corresponden a aquellas formas de construirse como habitante dentro o en relación a ellos.

Consideramos que existen configuraciones resultantes del vínculo entre los territorios y las territorialidades, y las asociamos a lo que desde el urbanismo se ha denominado tradicionalmente "tramas" o "tejidos". Creemos que no son otra cosa que estos rizomas de elementos compuestos entre los hábitats y las formas de habitar envueltas en ellos. Son mediaciones, y por tanto flujos de comunicación, en el sentido de responder a dinámicas transversales donde se articulan contenidos y expresiones, en un entrelazamiento de mutua implicación que sirve de operación básica para la composición de las redes o tramas. Recordemos que no podemos sustancializar estas entidades, pensarlas como algo fijo y establecido en cierto sitio, como algo dado. Son estructuras vitales, en permanente movimiento, pero con ciertos niveles de estabilidad y transformación, según los elementos, los niveles y dimensiones de las que se trate, y según la circunstancia singular en la que se encuentre. Para hacer operativo el conocimiento de estas tramas espacio-temporales constitutivas de entornos urbanos, se utiliza el término "socio-territorial", pero tengamos mucho cuidado en no volver a la dicotomía entre "lo social" y "lo físico", tan vigente en los ámbitos donde estos se estudian, se gestionan y se producen.

5. Formas y prácticas de entramar

Para el estudio de los territorios, en especial los existenciales, Deleuze y Guattari (1997) consideran una serie de tipos de líneas, que vendrían a constituir estas tramas a las que hacemos referencia, en tanto series de prácticas y sus resultantes. Su análisis de los territorios y las territorialidades se centra en la noción de ritornelo. Es una categoría tomada de la composición musical y que remite a una configuración temporal de repeticiones diferenciadas, un universo sonoro con sus afectos y perceptos (bloques de sensaciones y percepciones) singulares. Estos "cristales de espacio-tiempo" (Deleuze y Guattari, 1997, p. 351), según rítmicas estilísticamente singularizantes, son la forma de plantear los ambientes o entornos vitales de una forma lo más alejada posible de las fijaciones fisicalistas, de un espacio aislado del tiempo y pensado aún como algo puesto allí, antes de la subjetividad. Este planteo se encuentra en la misma senda de los realizados por algunos autores de la escuela invisible de Palo Alto -en especial Bateson-, quienes entendían la comunicación como una cuestión de performance

musical (Winkin, 1982). Desde esta perspectiva, los diferentes elementos componen diversas formas en diálogos múltiples de complementación, yuxtaposición, incluso oposiciones en algunos momentos y demás. Estos territorios afectivos y sensoriales dan cabida a la experiencia de ser habitante, siempre de forma "polifónica" y "plural", en los términos del dialogismo de Bajtín (en Guattari, 1996, p. 11), otras de las referencias principales al respecto. Están constituidos como tramas de actos comunicantes, de prácticas de intérpretes con sus instrumentos de ejecución. Es una cuestión de medios y ritmos, de codificaciones en tránsito a través de otros medios:

Cambiar de medio, tal como ocurre en la vida, eso es el ritmo (...) un medio existe gracias a una repetición periódica, pero ésta no tiene otro efecto que producir una diferencia gracias a la cual ese medio pasa a otro medio. Es la diferencia la que es rítmica, y no la repetición, que, sin embargo, la produce... (Deleuze y Guattari, 1997, p. 320).

Entre todos estos elementos heterogéneos, múltiples y en conexión rizomática, Deleuze y Guattari encuentran tres tipos de líneas o series compositivas. Una de ellas son las líneas de segmentaridad, las duras, las más estables, las que ordenan las materias y formas según dualismos, posiciones y roles fijos, al estilo de las distinciones clásicas de género, clase y jerarquía social, lugar de residencia y demás. Por lo general estas son las líneas más consideradas en los tejidos o tramas. Parecen ser las más fáciles de aprehender, pues al ser las más estables sus formas resultan, al parecer, más evidentes. Pero se trata solo de uno de los tipos. El segundo corresponde a lo que denominan micro-devenires, a las variaciones más o menos permitidas dentro de cierto régimen territorial, lo que asegura el fluir de las estructuras, la vida de la comunicación. Y en tercer término, las líneas de fuga son las de desterritorialización, a través de las cuales los territorios devienen otra cosa. No son ajenas a estos, sino que son constitutivas: el afuera atravesando las interioridades parciales, jamás aisladas en forma absoluta de su entorno mayor u otredades contiguas.

Otra forma de plantear el asunto, desde el espacio y la espacialidad, ha llevado a la formulación de dos tipos básicos y el intento de pensar las múltiples y complejas relaciones de composición que establecen ambos. Nos referimos a los espacios "lisos" y "estriados" (Deleuze y Guattari, 1997, pp. 483-509). Los primeros son identificados como aquellos abiertos, horizontales, de puros flujos, direccionales más que de ubicaciones, de líneas más que de puntos. Los segundos, por complemento, son aquellos organizados, compartimentados, señalizados según estructuras, más de puntos que de líneas. Entre ambos se lleva a cabo un juego perpetuo de composición y descomposición, con remisiones y transmutaciones de uno en el otro. Para avanzar en esto, se plantean una serie de "modelos" donde esto se ha concretado, que atañen a diversas esferas de actividad, conectadas a su vez con otras en formas directas o indirectas, en tanto literalidades y metáforas. Entre estos modelos, el marítimo se sostiene sobre la experiencia de haber construido un saber de los mapas, una cartografía, a partir de la exploración de los mares, los espacios lisos por excelencia, los que más estriados han sido a su vez, gracias a una geometría casi pura de los cielos

proyectados sobre ellos.

El modelo de mayor interés para nuestro planteo es, quizás, el que denominan tecnológico, y es el que toma el caso de la industria, las artes y artesanías textiles. Sin excluir los demás casos, este parece sernos también el más afín a lo comunicacional e informacional; la misma denominación de tecnológico nos es especialmente relevante. No es casual que también la denominación de tramas o tejidos, haya calado tan hondo en el urbanismo, así como sea utilizada en todo el volumen epistemológico de las ciencias humanas y sociales en la confluencia de los llamados estudios urbanos, así como en los culturales urbanos, los más presentes en el campo de la comunicación.

En este modelo tecnológico de pensar los espacios lisos y estriados, se presentan una variedad de prácticas de tejidos, entramados y texturas. De ellos se pueden tomar consideraciones, no para identificar los mismos tipos en los fenómenos urbanos, sino para inspirarse en el análisis desarrollado, según la forma de crear los conceptos en cuestión. Los estudios etnológicos y prehistóricos de Leroi-Gurham (en Deleuze y Guattari, 1997, p. 484) son, en tal sentido, una referencia fundamental. En ellos se analizan los llamados "sólidos flexibles", como la cestería de montantes y hebras, el tejido de cadena y trama como forma de estriado, y del fieltro como composición lisa. Los tejidos tienen un derecho y un revés, así como dos tipos de elementos básicos y sus funciones asociadas: fijos y móviles, finitos e infinitos. El fieltro, por su parte, es un tipo de tejido especial que gracias al enmarañamiento de las microescamas de las fibras por presión, se consigue una estructura donde no hay diferencia entre un derecho y un revés. Así como existe esta distinción entre tipos de tejidos en general y el fieltro, se puede pensar en la heterogeneidad de estos en relación a tipos de combinaciones entre formas y prácticas del tejer, acciones y procedimientos de creación y recreación de las tramas.

Como planteamos más arriba, más allá de una transposición metafórica que los lleve de telas a territorios urbanos, lo cierto es que se trata de lo mismo en el sentido de que estamos pensando en la composición de materialidades según grados y niveles de procesos relativos, todo lo cual nos obliga a considerarlas en tensión con la inmaterialidad, tal cual ocurre con los "sólidos flexibles". Pensar lo arquitectónico de esta manera, considerando una perspectiva pragmatista sobre la materia y el espacio, es una tendencia contemporánea presente en las investigaciones en estos campos de estudio, en particular la desarrollada desde la teoría del actor-red (Latour y Yaneva, 2008), así como desde la arqueología y la antropología del espacio envueltas en lo que se denomina un "nuevo giro materialista" (Miller, 2005). Desde el diseño en general, no sólo arquitectónico y urbanístico, se encuentran tendencias convergentes con esta perspectiva, asociadas a formas participativas de producción de los objetos, los entornos construidos, los ámbitos sensorialmente dispuestos. La cuestión de fondo radica en trabajar la espacialidad en sus temporalidades, la materialidad como formas de mediación, con sus medios y ritmos, en tanto comunicación. Esto nos permite llevar a cabo investigaciones sobre nuestros entornos vitales que no reduzcan la complejidad, sino que traten de conocer y pensar a la altura de los fenómenos en cuestión, sin simplificarlos.

Las distintas fuerzas que actúan sobre un territorio, sus agencias y dispositivos, pueden operar como lo hacen un par de agujas, estriando el espacio, siendo trama y urdimbre cada vez; o como ganchillos, donde se traza un espacio abierto en relación a un centro. El bordado, por ejemplo, se diseña según un tema o motivo central, y el *patchwork*, en tanto sumatoria infinita de piezas, puede convertir el motivo en la base de un bloque de ritmos variables: "El *patchwork* muestra que lo liso no es homogéneo, al contrario: es un espacio amorfo, informal y que prefigura el op'art" (Deleuze y Guattari, 1997, p. 485). La música, las matemáticas, la física, la estética, son otros modelos, otras de las síntesis resultantes de la composición de los territorios existenciales, los entornos espacio-temporales, como los urbanos, considerados en este planteo. Pero la lista no está cerrada, por el contrario, la idea es que en cada práctica investigativa se puedan encontrar nuevos conceptos al respecto.

6. Algunas aplicaciones

Para concluir consideremos, aunque someramente y a grandes rasgos, algunos ejercicios de investigación en esta línea de trabajo. En *Casavalle bajo sol. Investigación etnográfica sobre territorialidad, identidad y memoria en la periferia urbana de principios de milenio* (Álvarez Pedrosian, 2013a), elaboramos una cartografía en diferentes dialógicas con los habitantes de los territorios en cuestión, quizás de los más paradigmáticos de la periferia montevideana de estas últimas décadas (Cecilio, Couriel y Spallanzani, 2003). Para poder dar cuenta de los componentes principales de las tramas socio-territoriales allí presentes, de los territorios existenciales dentro de los cuales los casavallenses se convierten en habitantes identificados con ello, proseguimos con la postulación de una serie de procesos de producción y reproducción, cualidades de conjuntos de prácticas materializadas en contenidos y expresiones específicas. La caracterización de las territorialidades y sus territorios más en general, está dada en el cruce de todos estos componentes, en la trama que se pretende generar, justamente.

Dicho mapa no es una representación del territorio, pues como hemos visto no existe forma de aprehenderlo si no es habitándolo de cierta manera, aproximarse a él desde ciertos procesos de subjetivación, conocidos como experiencias de investigación concretas, perspectivas o miradas específicas. Este mapa surgió de nuestra etnografía colaborativa con un conjunto de vecinos, técnicos sociales y compañeros de equipo embarcados en su elaboración. Nos resulta imposible alcanzar el mismo grado de profundización del análisis planteado en el libro completo, al que remitimos la lectura de quienes así lo deseen, señalando tan solo los rasgos más genéricos del ejercicio llevado a cabo en relación a lo planteado como temática central de este artículo: una perspectiva sobre la comunicación urbana en términos de formas y prácticas de entramar, en tanto producción de subjetividad.

En un primer nivel de asunto, identificamos tres tipos de espacialidades relacionadas a los barrios tradicionales, los complejos habitacionales precarios y los asentamientos irregulares que proliferaron entre los intersticios de ambos, así

como atravesando a algunos de ellos. Se trata de tres tipos de territorios y sus territorialidades asociadas, según tramas más o menos dominantes en cada conformación, siendo compartidas o atravesando los diversos entornos concretos en algunos casos, y en otros mostrando un alto grado de diferenciación en la forma en que se componen, los elementos humanos y no-humanos en juego y los habitares suscitados en sus disposiciones o agenciamientos existenciales. Las relaciones compositivas en este *patchwork* periférico son por demás complejas. Incluso si cambiamos de escala podemos encontrarnos con tensiones entre dinámicas opuestas, como ocurre con asentamientos que van homogeneizándose por acumulación y sedimentación de procesos, así como los entornos formales se convierten en laberintos tendientes a la entropía fomentada por la autoconstrucción, ocupación y disolución de las formas preestablecidas en las tipologías originales, más que nada en los diferentes complejos habitacionales tugurizados.

Una lógica de fragmentación define las unidades mínimas del tejido, en micro-territorios cotidianos sostenidos por quienes conviven y comparten unas mismas prácticas de gestión y resistencia ante el constante hundimiento del entorno en esos ambientes precarios de exclusión y pobreza urbana. Dicha fragmentación y la violencia que genera, como venimos planteando, atañe a todo tipo de entidades, y se evidencia en los conflictos en términos de convivencia social, expresándose en el paisaje, encontrando en el inmenso volumen de basura presente una semiótica específica. La contaminación se presenta como una mancha voraz, más como un fluido que como un sólido, y responde tanto a los residuos generados allí como a los muchísimos más que se transportan para el trabajo de clasificación de gran parte de sus habitantes. Esta mancha se expande y lo invade todo, incluso por aire, fruto de la quema tóxica de materiales inflamables por ejemplo. Desde el punto de vista semiótico, constituye una suerte de sobre capa que se impregna a las demás, desfigurando y resignificando el paisaje con sus objetos, cualidades y formas. Las tramas, por tanto, en su heterogeneidad de fragmentos, más o menos localizados según los tres tipos de espacialidades determinadas por las fuerzas que han actuado en el territorio (barrios-jardines de principios del siglo XX, sucesivos complejos habitacionales de bajos costos alzados desde fines de la década del cincuenta, y los asentamientos potenciados a partir de la del ochenta), se caracterizan por composiciones diferentes, según la combinación de las formas y prácticas materializadas en ellos. Pero la basura se entrama por todos los intersticios cual líquido que impregna, o capa que se solapa y adhiere en cada uno de estos, llenando todo vacío posible, aprisionando y anulando toda distancia. Esta basura comunica por doquier: trae consigo los vestigios de las prácticas que la generaron, se impone brutalmente como condición de exclusión y pobreza, e incluso es fuente de valor en algunos casos, cuando merece ser clasificada, gracias a un meticuloso trabajo especializado.

La expansión de la ocupación en los bordes de lo urbano, aparece como otro componente de estas mediaciones constitutivas de las tramas socio-territoriales periféricas. Quizás en ello se hace más evidente la presencia de las fuerzas que políticamente conforman el territorio, pues se materializan los nuevos

entornos generados, desde una vivienda precaria a un pequeño complejo promovido por las autoridades estatales o municipales. En este caso puede evidenciarse la dinámica más amplia de disgregación que caracteriza nuestro territorio y sociedad, el tipo de tejido en forma de *patchwork* antes mencionado, con sus motivos y ritmos variables. Nuevas unidades más o menos homogéneas en su gestación son instauradas, abriéndose un conjunto de nuevas calles con cabañas en tira, levantándose un pequeño asentamiento y demás.

Ciertamente, en los últimos años se han emprendido planes por demás importantes para intentar generar una alternativa ante este tejido discontinuo y fragmentario de elementos yuxtapuestos, enfrentados entre sí al punto de alcanzar a negarse unos a otros, en lo que sería una incomunicabilidad. Las tensiones siguen en curso, en medio de procesos donde prácticas de urbanismo alternativas buscan abrirse camino ante modelos tradicionales de ciudad que siguen presentes en todos los actores involucrados, incluso entre los habitantes. El hacinamiento y la compartimentación conforman juntos otro vector de espacialización, otra serie de procesos de composición de los entornos espacio-temporales de estos territorios articulado con los anteriormente planteados. La tendencia a la saturación, evidenciada en la ocupación de los fondos o interiores de las manzanas, los espacios que desbordan hacia las sendas, pasajes y calles, y las diferencias entre formaciones horizontales y las verticales por las tipologías de complejos habitacionales o de construcción de nuevos niveles en otras viviendas, responden a esta manera de entramar los espacios de un hábitat constreñido y asfixiante. Esto hay que considerarlo, una vez más, según las propias geografías subjetivas involucradas en los habitares, donde la misma noción de hacinamiento es contextual a ellas, dependiendo de lo que se conciba culturalmente como denso y espacioso (Tuan, 2003, p. 51). Las prácticas de la autoconstrucción potencian las particularizaciones, los cortes, agujeros y desgarros en la trama, no sin responder, a otras escalas y según otros sentidos, a lógicas igual de compositivas con sus ligaduras, por todo lo visto con anterioridad. Consideramos que se trata de otra de las fuerzas de producción de subjetividad y espacialidad, de conformación de las tramas socio-territoriales, en tanto mediación por excelencia: puede ser apreciada como positiva y negativa, como promotora de soluciones y de inconvenientes, de respuestas creativas ante las necesidades existentes y como prácticas generadoras de mayores inconvenientes ecológicos para la vida de todos los involucrados.

Actualmente estamos embarcados en el estudio de lo que sucede en un tipo de zona urbana considerada como consolidada, especialmente relevante para el abordaje de estas temáticas y los aportes que podemos realizar para la transformación de las condiciones de vida tan críticas en nuestra sociedad en lo relativo a la habitabilidad y todo lo que puede ser articulado desde ella. Estamos planteándonos avanzar en esta línea de investigación en lo que sería el complemento o contracara de los estudios en la periferia y área metropolitana más en extenso, así como de territorios que no son fácilmente identificables en la lógica centro-periferia. Montevideo experimentó un crecimiento exponencial durante fines del siglo XIX, fruto del gran aluvión inmigratorio, y su expansión territorial fue muy significativa. Además de un par de poblados a orillas de la

bahía, cercanos a industrias y alejados de la centralidad del casco fundacional, resulta especialmente valioso el amplio territorio que se abre gracias al conocido como segundo ensanche de la ciudad, llamada como Ciudad Novísima por las autoridades de entonces. Por un decreto de 1878, se establece esta ampliación de la ciudad a nuevos territorios que ofrecen grandes oportunidades para una clase media en construcción, incluyendo como su límite al bulevar Artigas (Álvarez Lenzi, Arana y Bocchiardo, 1986; Carmona y Gómez, 2002). Estos nuevos entornos de vida terminan por dar lugar a una decena y media de los que son considerados como barrios emblemáticos de la idiosincrasia montevideana, incorporando ocupaciones previas y desplegando nuevas tramas surcadas por los antiguos caminos coloniales.

El proyecto en marcha (Labtee, 2015), es una tarea que consideramos fundamental para aportar en la renovación de nuestros habitares, ya que se ha experimentado una constante "disgregación territorial" general (Álvarez Pedrosian, 2014a), la que se traduce en la expulsión de amplios sectores de su población hacia la periferia y zonas metropolitanas, luego de décadas de degradación, fruto de las sucesivas crisis por las que ha atravesado la sociedad uruguaya, y que ha encontrado en sus extensos sectores medios el espacio social y territorial de contención y mayor erosión. Se trata de esos territorios de la "medianidad", tan cargados de significación y valor desde los capitales sociales, culturales y económicos, envueltos en dinámicas de alisamiento y estriaje por demás complejas. Visto en una escala general, estos entornos se encuentran tensionados entre el deterioro y la gentrificación (Yúdice, 2008), lo cual puede apreciarse en detalle una vez cambiamos de escala y nos sumergimos en sus particularidades, desde la tan codiciada costa con el Parque Rodó y Palermo, a las zonas más alejadas de las principales vías de circulación y conectores urbanos, como el corazón de dameros en Villa Muñoz.

Diversos planes urbanísticos en marcha están transformando el territorio, así como la imponente fuerza del mercado parece no dar tregua a la gentrificación que asoma cada vez que se presenta una mejora en espacios que durante largas décadas fueron cayendo en decadencia, como ha ocurrido en cascos históricos de ciudades especialmente de América Latina y Europa. Aquel Montevideo de "calles de luz de patio" que poetizaba Borges (2008) por el año 1925, de viviendas eclécticas construidas por las manos "laburantes" de obreros italianos a principios del siglo XX, donde se cocinó la cultura del tango y el candombe, del fútbol en las veredas y fuertes lazos vecinales, siempre mostró una gran maleabilidad, incluso identificable en los cambios de las fronteras entre los barrios definidos en su interior. Hoy en día puede ser una zona especialmente privilegiada para una efectiva revitalización crítica de la imaginación urbana (Gorelik, 2004), a partir de intervenciones tendientes a la equidad social, apoyando procesos inclusivos que permiten modificar la disgregación de una territorialidad al parecer aún anclada en sus primeras conformaciones coloniales.

Referencias

ADAMS, P. HOELSCHER, S. TILL, K. E. (eds.) (2001). *Textures of place. Exploring humanist geographies*. Minneapolis – London: University of Minnesota Press.

ÁLVAREZ LENZI, R.; ARANA, M. y BOCCHIARDO, L. (1986). *El Montevideo de la expansión (1868-1915)*. Montevideo: EBO.

ÁLVAREZ PEDROSIAN, E. (2009). “La cuarta dimensión del triedro: ciencias de la comunicación y virtualización de la subjetividad”. En *F@aro*, 9. Disponible en: <http://web.upla.cl/revistafaro/n09>

____ (2011). “Espacialidades: antropología, arquitectura y comunicación”. En *Actas electrónicas de la IX RAM*. Disponible en: http://www.starlinetecnologia.com.br/ram/arquivos/ram_GT47_E_Alvarez_Pedrosian.pdf

____ (2013a). *Casavalle bajo el sol. Investigación etnográfica sobre territorialidad, identidad y memoria en la periferia urbana de principios de milenio*. Montevideo: CSIC-Udelar.

____ (2013b). “El ser habitado: diseño existencial y procesos de subjetivación”. En *Anales del III Congreso Iberoamericano de Teoría del Habitar: Entre prácticas, materialidades y significaciones*. Montevideo: ALTEHA – Farq-Udelar.

____ (2013c). “Miradas y voces en el espacio-tiempo de la espera. Notas etnográficas entre las mediaciones sanitarias”. En Guigou, L. N. Álvarez Pedrosian, E. (comps.), *Abordajes hacia una etnografía de la comunicación contemporánea*. pp. 25-47. Montevideo: UCEP-Udelar.

____ (2014a). “Espacialidades emergentes en un territorio disgregado. Lecciones montevidéanas sobre habitares, territorialidades y diseño existencial”. En *Anuario de Antropología Social y Cultural del Uruguay*, 12, pp. 77-92.

____ (2014b). “La gestación de un territorio o de cómo se teje la convivencia”. En *Actas electrónicas del XII Congreso ALAIC*. Lima: PUCP. Disponible en:

<http://congreso.pucp.edu.pe/alaic2014/wp-content/uploads/2013/09/Ponencia-%C3%81varez-Pedrosian-XII-ALAIC-Lima-2014.pdf>

____ (2014c). “Práctica teórica en emergencia permanente: creación conceptual desde el ejercicio de la etnografía contemporánea”. En Melogno, P. (comp.), *Cambio conceptual y elección de teorías. Actas del II Coloquio de historia y filosofía de la ciencia*, pp. 273-299. Montevideo: Instituto de Información, FIC-Udelar.

____ (2015a). “El arte de construir ciudad allí donde es más urgente”. En *Actas del Seminario Quince años, más de cien historias. Programa de Mejoramiento de Barrios, Uruguay*, pp. 106-117. Montevideo: PMB-MVOTMA - PNUD-ONU.

____ (2015b). “Vislumbrando intimidades: narrativas espaciales en tránsito”. En *Contratexto*, 23, pp. 197-229. Disponible en: <http://revistas.ulima.edu.pe/index.php/contratexto/article/view/416>

ÁLVAREZ PEDROSIAN, E. BLANCO LATIERRO, M. V. (2013).

“Componer, habitar, subjetivar. Aportes para la etnografía del habitar”. En *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales Urbanos*, 15. Disponible en: <http://www.bifurcaciones.cl/2013/12/componer-habitar-subjetivar/>

AUGÉ, M. (1994). *Los no-lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.

BORGES, J. L. (2008). *Luna de enfrente*. Buenos Aires: Emecé.

CECILIO, M.; COURIEL, J. y SPALLANZANI, M. (2003). *La gestión urbana en la generación de los tejidos residenciales de la periferia de Montevideo. Áreas ocupadas por los sectores de población de bajos y medios ingresos*. Montevideo: Farq-Udelar.

CHOAY, F. (2009). “El reino de lo urbano y la muerte de la ciudad”. En *Andamios*, 6 (12), pp. 157-187.

DELEUZE, G. (1987). *Foucault*. México: Paidós.

DELEUZE, G.; GUATTARI, F. (1997). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*. Valencia: Pre-textos.

DELGADO, M. (1999). *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.

____ (2011). “El espacio público no existe”. En *Barcelona Metròpolis. Revista de informació y pensamiento urbanos*, 81. Disponible en: <http://lameva.barcelona.cat/bcnmetropolis/arxiu/es/pageeb68.html?id=21&ui=507>

FLUSSER, V. (2002). *Filosofía del diseño: la forma de las cosas*. Madrid: Síntesis.

FOUCAULT, M. (1999). “Espacios otros”. En *Versión: estudios de comunicación, política y cultura*, 9, pp. 15-26.

GORELIK, A. (2004). “Imaginaris urbanos e imaginación urbana. Para un recorrido por los lugares comunes de los estudios culturales urbanos”. En *Bifurcaciones. Revista de estudios culturales urbanos*, 1. Disponible en: www.bifurcaciones.cl/001/Gorelik.htm

GUATTARI, F. (1996). *Caosmosis*. Buenos Aires: Manantial.

HAESBAERT, R. (2011). *El mito de la desterritorialización: del “fin de los territorios” a la multiterritorialidad*. México: Siglo XXI.

HARVEY, D. (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Salamanca: Akal.

HEIDEGGER, M. (1994). “Construir, habitar, pensar”. En Heidegger, M., *Conferencias y artículos*, pp. 127-142. Barcelona: Serbal.

INGOLD, T. (2012). “El diseño de ambientes para la vida”. En Ingold, T., *Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología*, pp. 19-34. Montevideo: SCEAM-Udelar –Trilce.

____ (2013). *Making: Anthropology, Archaeology, Art and Architecture*. London – New York: Routledge.

LABTEE (2015). Sitio del *Laboratorio Transdisciplinario de Etnografía Experimental*, IC-FIC-Udelar. Disponible en: www.comunicacion.edu.uy/LTEE

LACARRIEU, M. (2013). “Entre el ‘lugar antropológico’ y el ‘lugar disputado’: hacia una ‘antropología del lugar’”. En *Sociedade e Cultura*, 16 (1), pp. 15-26.

LATOURE, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría*

del actor-red. Buenos Aires: Manantial.

LATOUR, B. YANEVA, A. (2008). "Give me a gun and I will make all buildings move': an ANT's view of architecture". En Geiser, R. (edit.), *Exploration in architecture: teaching, design, research*, pp. 80-89. Basel: Birkhéuser.

LÉVY, P. (1999). *¿Qué es lo virtual?* Barcelona: Paidós.

LINDÓN, A. (2006). "La casa Búnker y la deconstrucción de la ciudad". En *Liminar. Estudios sociales y humanísticos*, IV (2), pp. 18-35.

____ (2007). "Espacialidades, desplazamientos y trasnacionalismo". En *Papeles de Población*, 53, pp. 71-101.

LOW, S. (2003). *Behind the gates. Life, security, and the pursuit of happiness in fortress America*. New York: Routledge.

LOW, S. LAWRENCE-ZÚÑIGA, D. (eds.) (2003). *The anthropology of space and place. Locating culture*. Oxford: Blackwell.

MILLER, D. (ed.) (2005). *Materiality*. Durham – London: Duke University Press.

NEUHAUS, F. (2015). *Emergent spatio-temporal dimensions of the city. Habitus and urban rhythms*. London: Springer.

RYKWERT, J. (1985). *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el Mundo Antiguo*. Madrid: Hermann Blume.

SÁEZ RUEDA, L. (2002). *El conflicto entre continentales y analíticos. Dos tradiciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.

SCOLARI, C. (coord.) (2015). *Ecología de los medios: entornos, evoluciones e interpretaciones*. Barcelona: Gedisa.

SICA, P. (1977). *La imagen de la ciudad. De Esparta a Las Vegas*. Barcelona: Gustavo Gili.

SIMONDON, G. (2007). *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Prometeo.

TUAN, Y-F. (2003). *Space and place: the perspective of experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

WINKIN, Y. (selec. y est.) (1982). *La nueva comunicación*. Barcelona: Kairós.

YÚDICE, G. (2008). "Modelo de desarrollo cultural urbano: ¿gentrificación o urbanismo social?" En *Alteridades*, 18 (36). Disponible en: <http://www.scielo.org.mx/pdf/alte/v18n36/v18n36a5.pdf>